



San Juan
de la Cruz
2026

San Juan de la Cruz y la creación

Lectura de los escritos de san Juan de la Cruz



Texto 6:
La creación sacada de la nada

San Juan de la Cruz y la creación

Lectura de los escritos de san Juan de la Cruz

Texto 6: La creación sacada de la nada

Propuesta para el encuentro comunitario

1. Lectura del texto.
2. Uno de los participantes, que habrá preparado previamente su intervención, presenta el texto con ayuda de la ficha de lectura (y de otros materiales si lo considera necesario).
3. Diálogo comunitario sobre el texto.

Sería conveniente realizar una lectura y meditación personal del texto antes del encuentro comunitario.



Introducción al texto

El texto que sigue es como un resumen concentrado de los anteriores, Después de los textos anteriores, de carácter místico, podemos ahora abordar la ascética sanjuanista. Convenía comenzar por el fin que persigue nuestro autor —la comprensión de la creación como fruto de la búsqueda y de la unión con Dios— antes de considerar el medio para alcanzar ese fin: el «desasimiento», término central en la doctrina de san Juan de la Cruz y que debe entenderse correctamente, así como la noción de «nada», para evitar interpretaciones erróneas.

En el texto siguiente, san Juan de la Cruz contrapone el infinito del Creador y la finitud de la creación, sacada de la nada. De ahí extrae una conclusión metafísica y existencial rigurosa: unirse (por el conocimiento o por el amor) a la creación sin relación con el Creador es disminuir nuestro ser, que está hecho para unirse con el Infinito, y, por tanto, privarnos de la creación misma, que es mensaje e imagen finita del infinito divino.

La argumentación del doctor místico se apoya en la filosofía y teología de la «analogía del ser». Esta expresión significa que la semejanza entre el ser creado y el ser del Creador es limitada y finita, como la criatura misma, mientras que la diferencia es infinita, como Dios mismo.

Pongamos un ejemplo: La manzana es «bella» y «buena», y, como enseñan especialmente los teólogos franciscanos, toda la creación es imagen de Dios. Por tanto, la «belleza» y la «bondad» de la manzana (que es un ser limitado en el espacio y en el tiempo) me dicen algo de la «belleza» y la «bondad» de Dios. Pero como Dios no está limitado ni por el tiempo (es eterno) ni por el espacio (es infinito), la distancia entre la «belleza y bondad» de la manzana y la «belleza y bondad» de Dios es infinita.

A partir de estas consideraciones, resulta fácil comprender que solo la manzana (por seguir con el mismo ejemplo, pero válido para toda la creación) es proporcionada a mi capacidad de «conocer»



y «amar», puesto que yo mismo soy un ser limitado por el tiempo y el espacio. Se trata, pues, de un conocimiento y un amor naturales.

En cambio, es igualmente fácil entender que no estoy capacitado¹ —por mi naturaleza finita— para ‘conocer’ y ‘amar’ al Dios infinito y eterno. Por eso, solo la acogida en mí, por la fe, de la autocomunicación de Dios en Jesucristo puede permitir este «conocimiento amoroso» sobrenatural (cf. II Subida 9).

Así, absolutizar cualquier criatura, hasta el punto de dirigir hacia ella mi deseo de infinito (que es inherente a todo ser humano), es impedirme recibir el infinito divino. Eso es lo que nuestro doctor místico llama «apegos» o «ataduras».

Hay más. Como la creación no es eterna (pues tuvo un comienzo), se sigue que fue creada a partir de la «nada», de nada preexistente. Por tanto, apegarse a una criatura es tender hacia la nada, porque el deseo de infinito y de eternidad que llevamos dentro solo puede perderse, anularse, en lo creado, que, por naturaleza, carece de ellos.

Aquí se articula una buena comprensión de la doctrina sanjuanista sobre el «apego» a la creación y su »nada». Desasirse de la criatura no significa despreciarla, sino recibirla como un don de Dios, quien, al ofrecer ese don, nos invita a volvernos hacia Él, como el novio que entrega un anillo a su prometida.

En esta metáfora de los esponsales, el apego sería apropiarse del anillo olvidando al novio. Pero, como en este caso el novio es el Creador (y, por tanto, no procede de la nada), apegarse a la criatura es abandonar al Absoluto para dirigirse hacia la nada misma.

1 Nota del traductor: La expresión «no estar capacitado» se utiliza aquí por adecuación al uso actual del castellano, aunque el término técnico propio de San Juan de la Cruz es «*proporcionado*». En la tradición metafísica y mística cristiana, proporción (*proportio*) designa la capacidad natural de una realidad para conocer o amar otra según su propio modo de ser. Así, la criatura —por ser finita— no está «proporcionada» para acceder por sí misma al conocimiento y al amor del Dios infinito y eterno; solo la iniciativa gratuita de Dios, por la fe y la gracia, hace posible esa unión.



Desde esta perspectiva, la creación, entendida como don, adquiere un valor prodigioso, que supera con creces las legítimas consideraciones ecológicas: una simple criatura finita puede ser para nosotros vehículo de la presencia divina infinita.

Todo depende de nuestra actitud interior, que san Juan de la Cruz se esfuerza en educar y Dios en purificar. La actitud correcta, que el santo enseña en toda su obra, consiste en servirse de la creación como de un «trampolín» hacia el Creador. Al menos, en un primer momento, pues, como hemos visto en los textos anteriores, si al principio se trata de ir «hacia» Dios a través de la creación, poco a poco esa creación será vista «en» Dios, para llegar finalmente a una experiencia «de» Dios y «de» la creación inseparablemente unidas, en virtud de la Encarnación y su prolongación sacramental, pero sin confusión panteísta.

Para concluir esta introducción, subrayemos que, con el conjunto de estos razonamientos y del texto que sigue, entramos de lleno en el tema bíblico de la idolatría: apartarse del Creador para quedarse con la criatura. Con todo, es importante recordar que desentenderse de la criatura para dirigirse directamente al Creador «sin ella» (arrojar el anillo del novio) es el orgullo de la naturaleza humana que quiere hacerse ángel —y uno malo—, pues una actitud así nos apartaría del misterio de la Encarnación, que está indisolublemente ligado al de la creación. Tal postura estaría, por tanto, en las antípodas de la doctrina de san Juan de la Cruz.

I SUBIDA DEL MONTE CARMELO 4,1-4

1. La causa por que le es necesario al alma, para llegar a la divina unión de Dios, pasar esta noche oscura de mortificación de apetitos y negación de los gustos en todas las cosas, es porque todas las afeciones que tiene en las criaturas son delante de Dios puras tinieblas, de las cuales estando el alma vestida, no tiene capacidad para ser ilustrada y poseída de la pura y sencilla luz de Dios, si primero no las desecha de sí, porque no pueden convenir la luz con las tinieblas;



porque, como dice san Juan (1, 5): *Tenebrae eum non comprehenderunt*, esto es: Las tinieblas no pudieron recibir la luz.

2. La razón es porque dos contrarios, según nos enseña la filosofía, no pueden caber en un sujeto. Y porque las tinieblas, que son las afecciones en las criaturas, y la luz, que es Dios, son contrarios y ninguna semejanza ni conveniencia tienen entre sí, según a los Corintios enseña san Pablo (2Cor 6, 14), diciendo: *Quae conventio lucis ad tenebras?*, es a saber: ¿Qué conveniencia se podrá dar entre la luz y las tinieblas?; de aquí es que en el alma no se puede asentar la luz de la divina unión si primero no se ahuyentan las afecciones de ella.

3. Para que probemos mejor lo dicho, es de saber que la afición y asimiento que el alma tiene a la criatura iguala a la misma alma con la criatura, y cuanto mayor es la afición, tanto más la iguala y hace semejante, porque el amor hace semejanza entre lo que ama y es amado. Que por eso dijo David (Sal 113, 8), hablando de los que ponían su afición en los ídolos: *Similes illis fiant qui faciunt ea, et omnes qui confidunt in eis*, que quiere decir: Sean semejantes a ellos los que ponen su corazón en ellos. Y así, el que ama criatura, tan bajo se queda como aquella criatura, y, en alguna manera, más bajo; porque el amor no solo iguala, mas aun sujeta al amante a lo que ama. Y de aquí es que, por el mismo caso que el alma ama algo, se hace incapaz de la pura unión de Dios y su transformación; porque mucho menos es capaz la bajeza de la criatura de la alteza del Criador que las tinieblas lo son de la luz: Porque todas las cosas de la tierra y del cielo, comparadas con Dios, nada son, como dice Jeremías (4, 23) por estas palabras: *Aspexi terram, et ecce vacua erat et nihil; et caelos, et non erat lux in eis*: Miré a la tierra, dice, y estaba vacía, y ella nada era; y a los cielos, y vi que no tenían luz. En decir que vio la tierra vacía, da a entender que todas las criaturas de ella eran nada, y que la tierra era nada también. Y en decir que miró a los cielos y no vio luz en ellos, es decir que todas las lumbreras del cielo, comparadas con Dios, son puras tinieblas. De manera que todas las criaturas en esta manera nada son, y las aficiones de ellas son impedimento y privación de la transformación en Dios; así como las tinieblas nada son y menos que nada, pues son privación de la luz. Y así como no comprende a la luz el que tiene tinieblas, así no podrá comprender a Dios el alma



que en criaturas pone su afición; de la cual hasta que se purgue, ni acá podrá poseer por transformación pura de amor, ni allá por clara visión. Y para más claridad, hablaremos más en particular.

4. De manera que todo el ser de las criaturas, comparado con el infinito (ser) de Dios, nada es. Y, por tanto, el alma que en él pone su afición, delante de Dios también es nada, y menos que nada; porque, como habemos dicho, el amor hace igualdad y semejanza, y aun pone más bajo al que ama. Y, por tanto, en ninguna manera podrá esta alma unirse con el infinito ser de Dios, porque lo que no es no puede convenir con lo que es. Y descendiendo en particular a algunos ejemplos:

Toda la hermosura de las criaturas, comparada con la infinita hermosura de Dios, es suma fealdad, según Salomón en los Proverbios (31, 30) dice: *Fallax gratia, et vana est pulchritudo*: Engañosa es la belleza y vana la hermosura. Y así, el alma que está aficionada a la hermosura de cualquiera criatura, delante de Dios sumamente fea es; y, por tanto, no podrá esta alma fea transformarse en la hermosura que es Dios, porque la fealdad no alcanza a la hermosura.

Y toda la gracia y donaire de las criaturas, comparada con la gracia de Dios, es suma desgracia y sumo desabrimiento; y, por eso, el alma que se prenda de las gracias y donaire de las criaturas, sumamente es desgraciada y desabrida delante los ojos de Dios; y así no puede ser capaz de la infinita gracia de Dios y belleza, porque lo desgraciado grandemente dista de lo que infinitamente es gracioso.

Y toda la bondad de las criaturas del mundo, comparada con la infinita bondad de Dios, se puede llamar malicia. Porque nada hay bueno sino solo Dios (Lc 18, 19); y, por tanto, el alma que pone su corazón en los bienes del mundo, sumamente es mala delante de Dios. Y así como la malicia no comprende a la bondad, así esta tal alma no podrá unirse con Dios, el cual es suma bondad.

Y toda la sabiduría del mundo y habilidad humana, comparada con la sabiduría infinita de Dios, es pura y suma ignorancia, según escribe san Pablo ad Corinthios (1Cor 3, 19), diciendo: *Sapientia huius mundi stultitia est apud Deum*. La sabiduría de este mundo, delante de Dios es locura.



LAUDATO SI':

LS 70. En la narración sobre Caín y Abel, vemos que los celos condujeron a Caín a cometer la injusticia extrema con su hermano. Esto a su vez provocó una ruptura de la relación entre Caín y Dios y entre Caín y la tierra, de la cual fue exiliado. Este pasaje se resume en la dramática conversación de Dios con Caín. Dios pregunta: «¿Dónde está Abel, tu hermano?». Caín responde que no lo sabe y Dios le insiste: «¿Qué hiciste? ¡La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde el suelo! Ahora serás maldito y te alejarás de esta tierra» (Gn 4,9-11). El descuido en el empeño de cultivar y mantener una relación adecuada con el vecino, hacia el cual tengo el deber del cuidado y de la custodia, destruye mi relación interior conmigo mismo, con los demás, con Dios y con la tierra. (...)

LS 74. La experiencia de la cautividad en Babilonia engendró una crisis espiritual que provocó una profundización de la fe en Dios, explicitando su omnipotencia creadora, para exhortar al pueblo a recuperar la esperanza en medio de su situación desdichada. Siglos después, en otro momento de prueba y persecución, cuando el Imperio Romano buscaba imponer un dominio absoluto, los fieles volvían a encontrar consuelo y esperanza acrecentando su confianza en el Dios todopoderoso, y cantaban: «¡Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios omnipotente, justos y verdaderos tus caminos!» (Ap 15,3). Si pudo crear el universo de la nada, puede también intervenir en este mundo y vencer cualquier forma de mal. Entonces, la injusticia no es invencible.

LS 122. Un antropocentrismo desviado da lugar a un estilo de vida desviado. En la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* me referí al relativismo práctico que caracteriza nuestra época, y que es «todavía más peligroso que el doctrinal». Cuando el ser humano se coloca a sí mismo en el centro, termina dando prioridad absoluta a sus conveniencias circunstanciales, y todo lo demás se vuelve relativo. (...)



LS 203. Dado que el mercado tiende a crear un mecanismo consumista compulsivo para colocar sus productos, las personas terminan sumergidas en la vorágine de las compras y los gastos innecesarios. El consumismo obsesivo es el reflejo subjetivo del paradigma tecnoeconómico. Ocurre lo que ya señalaba Romano Guardini: el ser humano «acepta los objetos y las formas de vida, tal como le son impuestos por la planificación y por los productos fabricados en serie y, después de todo, actúa así con el sentimiento de que eso es lo racional y lo acertado». Tal paradigma hace creer a todos que son libres mientras tengan una supuesta libertad para consumir, cuando quienes en realidad poseen la libertad son los que integran la minoría que detenta el poder económico y financiero. (...)

LS 204. La situación actual del mundo «provoca una sensación de inestabilidad e inseguridad que a su vez favorece formas de egoísmo colectivo». Cuando las personas se vuelven autorreferenciales y se aíslan en su propia conciencia, acrecientan su voracidad. Mientras más vacío está el corazón de la persona, más necesita objetos para comprar, poseer y consumir. En este contexto, no parece posible que alguien acepte que la realidad le marque límites. Tampoco existe en ese horizonte un verdadero bien común. (...).

LS 223. La sobriedad que se vive con libertad y conciencia es liberadora. No es menos vida, no es una baja intensidad sino todo lo contrario. En realidad, quienes disfrutan más y viven mejor cada momento son los que dejan de picotear aquí y allá, buscando siempre lo que no tienen, y experimentan lo que es valorar cada persona y cada cosa, aprenden a tomar contacto y saben gozar con lo más simple. Así son capaces de disminuir las necesidades insatisfechas y reducen el cansancio y la obsesión. Se puede necesitar poco y vivir mucho, sobre todo cuando se es capaz de desarrollar otros placeres y se encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio, en el despliegue de los carismas, en la música y el arte, en el contacto con la naturaleza, en la oración. La felicidad requiere saber limitar algunas necesidades que nos atontan, quedando así disponibles para las múltiples posibilidades que ofrece la vida.



Preguntas

1. San Juan de la Cruz escribe que todo gozo desordenado de las cosas es un obstáculo para la unión con Dios (*I Subida del Monte Carmelo* 4,1-2).
¿Cómo se une esta exigencia de desprendimiento con la llamada del Papa Francisco a una «sobriedad feliz» (*Laudato Si'* n.º 223)?
2. *Laudato Si'* (n.º 204) habla de un modo de vida sobrio como un acto de libertad, y no como una privación.
¿Cómo se relaciona esta sobriedad con la libertad interior por el desprendimiento de la que habla san Juan de la Cruz?
¿Vivir con menos puede realmente abrirnos a más?
¿Cómo puede el uso moderado y respetuoso de los bienes materiales convertirse en un camino espiritual hacia Dios, a la luz de ambos textos?
3. *Laudato Si'* (n.º 74) recuerda que los bienes de la tierra tienen un destino universal.
¿Cómo se vincula este principio de justicia con el despojo personal que propone san Juan de la Cruz, aunque sea en otro nivel?
¿La pobreza voluntaria tiene también una dimensión social?
En un mundo marcado por el consumismo y la acumulación, ¿cómo pueden ambos textos inspirar una vida religiosa más profética, que encarne otra manera de habitar la tierra?





**San Juan
de la Cruz
2026**



CARMELITAS DESCALZOS

Curia General del Carmelo Teresiano

www.carmelitasdescalzos.com